

Emociones deshilachadas

¡Parece que hoy mi ego está de suerte! Con orgullo, puedo asegurar que capté la atención de los nuevos visitantes. Ninguno de ustedes me va a negar que el muchacho de remera blanca me ha observado con ojos de admiración. No pienso soportar que esa máscara envidiosa, que se cree la estrella del comedor, o aquel reloj detallista, que todo lo quiere medir, pongan en duda mi prestigio.

Interiormente, tengo la certeza que por más adornos nuevos y costosos que traigan, yo siempre presidiré esta sala. Cada día que pasa, mis colores llamativos adquieren una nueva dimensión, acercándose a las tonalidades que mi sabia artesana consiguió atrapar en el momento de tejerme.

Para coronar un gran día, solamente resta que algún alma sensible se apiade de mi corazón desabrigado y deslice la celosa cortina que se interpone en mi anhelo de contemplar a mi amado cuadro del 8vo. "A".

Pero no, no hay caso, parece que no sirve de nada engañarme, cada uno de los presentes se encuentra concentrado en lo suyo. Ni el dueño de casa, que tanto solía apreciarme, se acuerda de mí como en esos primeros tiempos de recién comprado.

Al final, me trajeron con tanto cuidado para que no me manche o me destiña y el día menos pensado me enrollan y al placard. Es así, ni para un tapiz la felicidad es completa.

FIN

Postfacio:

Un ejercicio en mi primera clase del taller literario a mediados de abril de 2003. Sirvió como antesala de "Mate de noche" y me enseñó la forma de personificar objetos. Es muy breve, así que se puede leer mientras se escucha el final de "La cabra y la luna" de Los Piojos. Fue escrito a mano y en pocos minutos bajo la atenta mirada de mi profesor y compañeras de taller.